

RESEÑAS

GUÍA DE VIAJE PARA RECORRER LA FILOSOFÍA ANTIGUA

TRAVEL GUIDE TO EXPLORE ANCIENT PHILOSOPHY

Reseña de: ILDEFONSO MURILLO, *Historia de la filosofía antigua, Sapientia rerum* serie de manuales de filosofía, Biblioteca e Autores Cristianos, Madrid, 2021, 328 págs.

RAMÓN ROMÁN ALCALÁ

Doctora en filosofía. Posdoctorado en Ciencias sociales, humanidades y artes (CEA).

Docente

Departamento de Educación

Universidad Autónoma de Manizales

Manizales/Colombia

amrodriguez@autonoma.edu.co

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-7710-9915>

Recibido: 13/10/2021

Aceptado: 12/09/2022

En una época de superficialidad y generalidades, un libro que se recomienda a sí mismo como una “guía de viaje por ese mundo filosófico (antiguo), cuyo conocimiento es imprescindible para entender el nuestro”, representa un buen ejemplo de la lucha contra el olvido que más que nunca se extiende sobre el pensamiento. En esta tarea se enmarca esta reseña de un libro reposado, completo y maduro propio de toda una vida filosófica. La “Historia de la Filosofía Antigua” del profesor Ildefonso Murillo es un repaso cuidadoso, basado en convicciones (difíciles de encontrar hoy en día) e intereses propios filosóficos como reconoce su autor, a la filosofía antigua como faro que puede explicar y ayudarnos a entender nuestro presente.

Leer hoy filosofía, puede parecer tarea de héroes, y si pensamos afrontar esta tarea desde la perspectiva de los logros y reflexiones de los autores que han

dado sentido a una forma sistemática de reflexionar sobre los asuntos más característicos de la humanidad, esa tarea se convierte en titánica. Nuestra realidad parece que ha roto con el pasado, y cada vez cuesta más trabajo convencer a los jóvenes que es ahí donde se forja el pensamiento que dará sentido y respuesta a los problemas del futuro. Convencerlos es la tarea del Profesor Murillo con este trabajo, por eso, aunque el libro está dedicado a sus antiguos alumnos (1969-2013), no deja de ser una inversión a futuro y se dirige también a todos aquellos que no tuvieron el privilegio de escucharlo (verbo típico griego que refleja la enseñanza del maestro), pero pueden leer las reflexiones e interpretaciones cuidadosas que tras una vida filosófica le reconocen la legitimidad de exigirse una tarea tan descomunal.

Con una perspectiva clásica, declarada desde la introducción por el autor, el libro tratará de responder a las tres preguntas que han intrigado a los seres humanos desde el principio: 1. Quién soy 2. De dónde venimos y 3. A dónde vamos. Aunque la sombra kantiana sea alargada, muy alargada, creo que en lo griego hay todavía más, un poco más., como el propio autor intuye. El problema del conocimiento y el escepticismo, la *physis* (o el principio de todo), la ética y la moralidad, la felicidad y su consecución, el problema del movimiento, y de ser, el convertirse en buen ciudadano (tan necesitados hoy), la existencia del alma y su acción en el mundo, etc., etc., aparecen en estas páginas y son desarrollados por Murillo sobrepasando con creces a la perspectiva al principio de este párrafo aludida. Su Historia de la Filosofía Antigua es clara, precisa y convincente, es difícil identificarse con todas las interpretaciones que en ella aparecen, pero se agradece que, con afán de sistema, en cada apartado justifica su posición descriptiva y razonadamente, sin imposiciones, modesta y legítimamente, sin aspavientos.

A lo largo de siete capítulos, una conclusión y dos apéndices, Murillo repasa la filosofía antigua desde el VII a.C. hasta el siglo VI d. C. Iniciemos un pequeño y sencillo recorrido por esos senderos filosóficos antiguos. En el primer capítulo, Homero y Hesíodo aparecen como los grandes representantes del mito y los dioses olímpicos del panteón griego, se recorren los textos órficos y pitagóricos que unifican las creencias de Apolo y la reencarnación de las almas, en un mundo más oral que escrito en el que lo mitológico y lo reflexivo todavía están mezclados en su modo de pensar. En un mundo en el que las musas no han aprendido a escribir (en palabras de Havelock), todo se interpreta con un lenguaje mítico que suplanta, como dice el autor, “el significado por el significante”, igual que nosotros hoy todo lo vemos e interpretamos a la luz de las construcciones científicas, el mito y la filosofía de esa época atienden a las preguntas como modos de hablar y de pensar no totalmente incompatibles.

El segundo capítulo nos presenta a los denominados convencionalmente presocráticos. Estos pioneros de la filosofía y la ciencia fueron afinando y sustituyendo el saber mítico por otro más reflexivo y racional, orientado más al con-

vencimiento propio de la filosofía, que a la creencia típica del mito. Tales de Mileto, Anaximandro y Anaxímenes buscaron el principio físico de todas las cosas, el agua, el *tò apeirón* (lo ilimitado o infinito o indefinido) o el aire (como *pneuma*) son propuestas menos importantes en sí mismas que, en la intención de encontrar un sistema, una respuesta a la totalidad de las cosas, a la naturaleza, que diese sentido a todo el Universo. Pitágoras y Los pitagóricos, están rodeados de misterio y aportan originalidad al pensamiento, la relación entre el número, la proporción y la naturaleza abrió un camino nuevo y diferente respecto a la filosofía jónica. Jenófanes con su teología crítica o negativa utilizó la sátira para modificar cualitativamente la religión o lo divino y anular la superstición, convirtiendo la “Teología” en la concepción racional que hoy conocemos. Heráclito y Parménides son tratados profesionalmente, apelando a los textos de primera mano que tenemos, Diógenes Laercio y Sexto Empírico enmarcan la filosofía del movimiento heraclíteo de los contrarios en la naturaleza, frente a la persistencia de un “orden oculto del universo fijo e inmutable” en la continua y perceptible apariencia no verdadera. Con Parménides surge el primer intento de presentar “esa verdad bien redonda, ser” que promueve lo no cambiante (si bien el uso y abuso del concepto latino “ente” complica el problema, desde nuestro punto de vista) en Parménides, complica y oscurece el significado de “lo que es”, que no tendrán más remedio que aclarar sus discípulos Zenón y Meliso. Los pluralistas Empédocles y Anaxágoras junto con Diógenes de Apolonia van cerrando el círculo de lo físico en los presocráticos, la aparición del “*nous*” en Anaxágoras dará un juego necesario al introducir una inteligencia ordenadora en el combate de fuerzas y elementos materiales. Demócrito cierra con una concepción de tipo materialista los ciclos de la creación de mundos y vida a través de los átomos. Una exitosa idea que convierte la *physis* (naturaleza) en un “complejo causal en el que las cualidades son convencionales”, y solo los átomos y el vacío es por necesidad.

El tercer capítulo deja a Sofistas y Sócrates como responsables del gran cambio en la filosofía, sustituyendo la búsqueda del principio último de todo (físico), por la búsqueda del bien moral. Esa fue una de las consecuencias más positivas de la democracia como sistema político: es decir, en palabras de Murillo, la idea de cómo educar al ser humano para que sea justo, bueno y feliz dentro de la polis se impone a la pregunta por la *physis*. Los sofistas están bien estudiados en los filósofos Protágoras y Gorgias, reconoce los puntos esenciales de estas dos filosofías, tan actuales (hay un epígrafe sobre la actualidad de los sofistas), y tan difíciles de salvar en su totalidad. El movimiento sofístico es múltiple, rico y, a veces contradictorio, su aventura filosófica no tiene límite. Como bien se advierte en el libro, los sofistas constituyen “un movimiento intelectual peculiar, cuya importancia hay que resaltar en la historia de la filosofía” (Murillo). Son los filósofos comprometidos con la política, que jugaron un papel trascendental, a juicio del autor, en el desarrollo de la ciencia en general, sin perder de vista la imposibilidad, aun en la actualidad, de conciliar lo relativo y lo absoluto, para

llegar a un equilibrio en el que las nociones de verdad, bien o conocimiento no lleguen simplemente a desaparecer. Sócrates compensa ese derrape relativista sofístico, “defendiendo un punto firme y estable, en el sentido moral, donde apoyar la vida individual y social del hombre. La figura de Sócrates, a pesar de Platón, su portavoz, su “profétes” no está del todo clara, pero parece que responde como filósofo a los problemas de su tiempo, constituyendo una verdadera obsesión su deseo de mejorar a sus conciudadanos llevándolos a la (su) virtud. Esa apelación a los daimones personales inician el camino de la conciencia, más potente que cualquier forma convencional de saber o valor moral tradicional. Como muy bien, cita Murillo, siguiendo a Jenofonte “Sabio, desde una perspectiva socrática, es aquel que conoce lo que es bueno y lo practica” (*Memorabilia*, III, 9, 4). Un pequeño pero intenso estudio de las escuelas socráticas, tan necesario como pertinente, conecta para finalizar este capítulo, el pensamiento socrático con la filosofía helenística posterior.

Los capítulos 4 y 5 nos muestran en todo su esplendor a los grandes filósofos de este período: Platón y Aristóteles. De Platón me interesa mucho el estudio introductorio que hace por su honestidad y originalidad, que no se ve completamente recogido, posteriormente, en el desarrollo de los puntos tradicionales de su filosofía. Comienza diciendo Murillo que la filosofía platónica es un intento de moralizar la política (conversión del moralismo socrático en principio político) cosa en la que estoy de acuerdo, la interpretación política de Platón ha ganado adeptos en la última década. A esto añade, otro hallazgo importante, que la filosofía platónica es un sistema abierto en el que su afán por la verdad es superior a la creación de un sistema cerrado, finito y absoluto. También estoy de acuerdo en esa búsqueda de la verdad en Platón, la cuestión fundamental es si la encontró. Alguna duda debe tener el autor mismo, cuando reconoce y cita al escéptico Arcesilao como uno de los rostros de Platón, así como a Plotino que sería el otro, opuesto. No queda clara su apuesta, aunque, la verdad sea dicha, no podría ser de otra manera en Platón, está dentro del juego, por eso apela a una interpretación posible y razonable de Platón a partir de una lectura de los diálogos y una leve atención a sus “doctrinas no escritas”, si se me permite la expresión, eso es apelar a la consabida expresión de poner una vela a Dios y otra al diablo para coger todo el espectro interpretativo. Difícilmente se pueden congeniar los diálogos, infinitos y abiertos, sin definiciones claras, con las “doctrinas no escritas” o lecciones no escritas, cerradas, y difíciles de interpretar, al no estar escritas, y tener solo referencias incompletas a ellas. Todas estas dudas las resuelve en una exposición precisa de los temas clásicos platónicos con solvencia y claridad, su vida, la autenticidad y cronología de sus obras, su interesante obsesión por el conocimiento, el lenguaje y la realidad. La relación entre filosofía y mito, el método filosófico, los modos de conocimiento, el mundo de las ideas o las formas dialécticas que nos llevan a su conocimiento, su relación con el mundo participativamente o por la mediación del Demiurgo etc., dan muestras de su conocimiento de Platón. El apartado 7 que se ocupa del ser humano en sus

múltiples funciones, moral, política o socialmente, orienta el último apartado sobre Platón introduciendo una interesante revisión de su herencia en la filosofía posterior (Aristóteles mismo) desde el siglo IV a. C. hasta el siglo XXI.

El capítulo 5 está dedicado a Aristóteles, o como lo presenta Murillo siguiendo a Dante, “el maestro de quienes saben”, que representa el modelo filosófico por excelencia. De ahí que comience su capítulo citando el famoso texto de *Ética a Nicómaco que sintetiza* el camino de la filosofía: “cuando se trata de salvar la verdad, especialmente al ser filósofos, siendo las dos cosas más queridas los amigo y la verdad, es justo preferir la verdad” (I, 6, 1096^a 15-17). Esa es su vida, la verdad, y con sentido histórico, por eso cada vez que tiene que expresar su verdad, expone primero las concepciones de la filosofía que han precedido a la suya: decencia y un intento de completar la filosofía y la ciencia de su tiempo es su trabajo. El profesor Murillo le dedica un capítulo especial, es el más largo de todos, en él recoge todos los tópicos y temas de Aristóteles. Una vez revisada su vida y situado el personaje en el contexto histórico que lo condiciona comienza su análisis filosófico centrándose en la herramienta primera: el lenguaje y sus dimensiones semántica, sintáctica y pragmática. De ahí pasa con solvencia al conocimiento y esa frase tan citada optimistamente de que todos los hombres “desean por naturaleza saber”, frase rotunda que refleja un firme convencimiento pero que, a veces la historia, se empeña en desmentir. Murillo desgrana pacientemente el proceso del conocimiento enciclopédico que promovió Aristóteles, El tema de la realidad, la verdad y la naturaleza centran los clásicos problemas de la filosofía en los epígrafes 4 y 5, dedicando al ser humano el 6, situando la pregunta ¿qué es verdaderamente el hombre?, en su contexto antropológico, teológico y moral. La filosofía práctica cierra el capítulo del “filósofo” centrandose en la felicidad, la virtud y la amistad, que es lo que todos necesitamos, la importancia de la vida. Así, cita Murillo una de las frases más reconocidas del sabio (anagkaiótaton eis tòn bíon): la amistad es “lo más necesario para la vida”, mucho más que la fama, la riqueza o el poder, añadiendo el propio Murillo, en la estela del estagirita, que “nadie querría vivir sin amigos, sentenciando con razón que “los que aman a sus amigos, merecen ser alabados” (p.227).

La filosofía helenística y romana ocupa el penúltimo capítulo del libro. Hoy cualquier historia de la filosofía antigua que no dedique un extenso apartado como hace el profesor Murillo, al pensamiento helenístico no podría conectar con toda la filosofía futura. En la filosofía helenística está el germen de toda filosofía posterior, ocultada un poco por la potencia y excesiva fortaleza de la filosofía cristiana hasta el Renacimiento, el helenismo crea la agenda filosófica moderna y contemporánea. Enmarcada entre el año 323 Y el 30 a.C. la filosofía helenística se caracteriza por unos rasgos y problemas que definen muy bien todas las épocas de crisis, sobre las que la filosofía interviene con mejor o peor resultado. El cinismo, el epicureísmo, el estoicismo y el escepticismo aparecen

en estas páginas con soltura y rigurosidad. Platón y Aristóteles se agotan y surgen nuevas escuelas y una gran renovación filosófica, necesaria en esta época de crisis y desconcierto, en la que la filosofía busca el modo de superar la pérdida de referentes políticos, sociales y religiosos con nuevas fórmulas de pensamiento. No sorprende que la pregunta ¿cuál es el mejor camino para una vida feliz?, sea la responsable de marcar el camino de estoicos, epicúreos y escépticos. Los dos primeros se lanzan a conquistar con su filosofía no solo el mundo griego, sino el incipiente y poderoso mundo latino, mientras que el escepticismo intentará equilibrar esos dogmatismos ciegos y poderosos. Un escepticismo que como muy bien recoge Murillo, ha llegado hasta nosotros por distintos caminos, adelantándose a Hume, Kant, Hegel o Nietzsche. Así, el autor de esta historia de la filosofía sabe ponderar bien, siguiendo a Nussbaum, la influencia de estoicos, epicúreos y escépticos en autores posteriores como Descartes, Spinoza, Hume, Kant, Adam Smith, Hegel, Nietzsche o Marx, reconociendo en la duda escéptica no solo un instrumento o herramienta para la suspensión del juicio, sino en un impulso “para buscar un fundamento suficiente de nuestras creencias o conocimientos” (p. 284). Frase en la que lo más sutil radica en ese “suficiente”, de una notable y modesta inspiración escéptica, que debilita y acompaña al sustantivo osco y riguroso de “fundamento”,

El último capítulo dedicado al Neoplatonismo conecta, como dice el autor, a través de un vigoroso platonismo, de nuevo con la trascendencia frente a los sistemas materialistas de epicúreos y estoicos. Los neoplatónicos intentan potenciar o recuperar la religión en la perspectiva pagana, reviviendo, dice Murillo, la tradición religiosa de la antigüedad. Este capítulo se divide en tres apartados, una introducción al neoplatonismo, un desarrollo amplio de Plotino, un filósofo que busca la verdad a partir de los textos platónicos y una referencia a Porfirio, Jámblico y Proclo como los principales continuadores de Plotino. Cierra el libro dos apéndices que se agradecen por aportar elementos inestimables sobre la filosofía india y china en el primero, y sobre la conexión de la filosofía antigua con el cristianismo, el segundo. Son pocas páginas, pero demuestran sensibilidad hacia otros pensamientos que generalmente no son apreciados, o simplemente ignorados en las historias de la filosofía antigua. Budismo, confucionismo o taoísmo tienen aquí su hueco.

En conclusión, estamos ante una magnífica historia de la filosofía antigua. Ildelfonso Murillo recoge con precisión técnica el pensamiento antiguo y su relación con la sociedad, el conocimiento, la historia o la religión. Es imposible no reconocer en este torbellino de ideas alguna que no coincida con nuestras convicciones o intereses reflexivos. Con claridad y rigurosidad Murillo refleja en esta historia de la filosofía antigua, la hazaña de un pueblo armonioso de mercaderes, soldados, poetas y filósofos que crearon y dieron origen a eso que llamamos “filosofía”: “un pueblo, en palabras de Henry S. Maine, diminuto al que le fue dado crear el principio del progreso”.